

Relaciones y lógica de productores campesinos de San Andrés Isla

Introducción

El archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina es un territorio con enormes diferencias ambientales, sociales, históricas y culturales con respecto al continente colombiano, debido a su condición de isla y a su cercanía histórica y cultural con el Caribe Occidental. Su comprensión es un desafío para el país que, tras la Constitución de 1991, se proclamó como nación pluriétnica y multicultural, con lo cual la diferencia y el aislamiento de las islas dejaron de ser una amenaza a su soberanía. Por el contrario, se convirtieron en un desafío para la consolidación de un modelo de desarrollo, en el cual puede ser posible el uso sostenible de los recursos ambientales y la participación activa de los pobladores locales, convirtiéndolos en verdaderos sujetos de su propio desarrollo.

A pesar del nuevo panorama abierto por la Constitución del 91, el archipiélago se encuentra sumido actualmente en una profunda crisis económica y sociocultural, resultado del deterioro del modelo de desarrollo impulsado desde 1953 a través de Puerto Libre. Este modelo fortaleció el crecimiento económico, sustentado en el comercio y el turismo, desconoció y atropelló las diferenciadas condiciones ambientales, así como las particularidades de la sociedad isleña, constituida tras largos años de estrecha relación con las demás islas del Caribe y de interrelación con su territorio.

Actualmente la economía de la isla está sustentada en el sector terciario (comercio y servicios), con una importación casi completa de artículos de consumo y comerciales. La producción agropecuaria es muy reducida, genera empleo tan solo para el 1% de la población (Polanía et al., 2004). El sistema de producción local es ecológicamente apropiado a las condiciones de la isla, pues se basa en el policultivo, en el que se intercalan gran variedad de especies y familias (Rodríguez, 2003), pero es altamente vulnerable, debido a razones ambientales, como la baja fertilidad del suelo; técnicas, como los precarios sistemas de riego; económicas, como los altos costos de los insumos agropecuarios y de la mano de obra; y sociales, ya que la mayoría de los productores es de más de 50 años, los jóvenes tienen un gran escepticismo frente a la agricultura, y la actividad es secundaria y/o complementaria al turismo y a la pesca (Coralina, 2000; Polanía, 2004).

Por: Laura Milena
Guerrero Cardozo,
Socióloga UN

La crisis económica y la vulnerabilidad de la labor han incitado al gobierno local a apoyar y fortalecer el sector agropecuario. Se han llevado a cabo diferentes proyectos con el fin de mejorar la eficiencia de las unidades productivas, pero se ha desconocido o se ha tenido en cuenta sólo tangencialmente la particular racionalidad de los productores, por lo cual muchos de los programas no han tenido el éxito deseado o han generado consecuencias desafortunadas. Aunque la labor agropecuaria económicamente no es muy eficiente, tiene un gran valor social y cultural, porque cumple un importante papel en la consolidación y reafirmación de la sociedad isleña, cuya identidad ha estado históricamente relacionada con la actividad agropecuaria. La producción está determinada por los principios de la cultura raizal, los cuales se encuentran fuertemente relacionados con los valores promulgados por la iglesia protestante. Además la producción está apoyada permanentemente en los fuertes lazos de parentesco, vecindad y amistad entre productores y sus familias y con otros isleños. Su desenvolvimiento cumple entonces un rol importante en la cohesión entre los individuos.

La comprensión de las características de la producción y de las particularidades de los productores, como requisito para fortalecer el sector agropecuario y la seguridad alimentaria de la isla, ha sido un propósito de la sede Caribe, razón por la que adelanta actualmente el proyecto “Apoyo a la conformación de una sociedad agroindustrial de pequeños productores en San Andrés”, en el marco del cual se realiza esta investigación, cuyo objetivo general es proponer elementos de comprensión de los productores agropecuarios de la isla a inicios del siglo XXI, describir sus relaciones sociales de producción y analizar su particular lógica productiva.

Los objetivos específicos incluyen:

- Identificar los actores y los escenarios en los cuales ocurren los procesos de producción, la distribución y la comercialización de productos agropecuarios.
- Describir las formas de interacción que realizan los diferentes actores vinculados con la producción agropecuaria.
- Analizar la lógica productiva predominante en la pequeña producción agropecuaria de la isla.
- Aportar algunos elementos que permitan comprender al productor agropecuario de San Andrés, y que proporcionen los fundamentos para la enunciación de estrategias que posibiliten un desarrollo acorde a sus particularidades.

Metodología

El acompañamiento que ha realizado la sede Caribe a los productores agropecuarios por más de siete años, ha posibilitado un rápido acercamiento. De septiembre a diciembre del 2004 fue posible establecer una estrecha aproximación a los productores y a los demás actores vinculados con ellos. La investigación se realizó en tres etapas (no siempre consecutivas): en la primera se diseñó y organizó la investigación, con un acercamiento al contexto insular y a las dinámicas y problemáticas de los campesinos de San Andrés. Posteriormente se llevó cabo una etapa comprensiva, en la cual fue posible ahondar en las diferentes particularidades del problema de investigación, y en la tercera se realizó un análisis detallado de la información recogida.

Cada una de estas etapas se desarrolló a través de diferentes técnicas de investigación, cuantitativas como cualitativas, dependiendo de los objetivos. Se analizaron encuestas y otros datos cuantitativos como censos agropecuarios, datos de importaciones, etc. Debido a la naturaleza del objetivo general de la investigación, primaron en su desarrollo las técnicas cualitativas, se realizaron entrevistas semiestructuradas con 20 productores, algunas de las cuales se llevaron a cabo en dos y hasta tres sesiones distintas, con lo cual fue posible entablar una relación más cercana con los entrevistados. Para el desarrollo de la investigación, también

se realizó un análisis documental de primera fuente, como documentos, denuncias, bases de datos etc., y de segunda fuente, principalmente bibliografía.

Las relaciones y la lógica de producción en la isla

A pesar del tamaño de la isla, es un gran complejo donde interaccionan de una manera muy particular lo ambiental, social, cultural y político. Su condición de pequeñez y aislamiento determina formas particulares de comportamiento, que contrastan con la vida de los habitantes de tierra firme, lo Ratter (2001) ha reconocido como 'insularidad'. Las dinámicas insulares no sólo están atadas al aislamiento geográfico, sino que se construyen dinámicamente en procesos socioculturales, económicos, territoriales, políticos e históricos, a través de los cuales su población desarrolla elementos culturales propios que fortalecen la identidad colectiva (Ratter, 2001; Sandner, 2003).

La cultura típicamente insular (Ratter, 2001) estaba claramente definida y configurada hasta mediados del siglo XX, cuando el proceso de colombianización transformó profundamente la isla y aumentó radicalmente su población, con lo que se generó el encuentro de diferentes culturas. Ello hace aún más complejas las dinámicas, que generan especiales connotaciones en los productores agropecuarios y en las características de su labor. La actividad agropecuaria, en general, se ha vinculado a los territorios rurales y, hasta hace pocos años, se consideraba económicamente distintiva. La interpretación de lo rural se ha realizado tradicionalmente desde lo productivo, asociándolo con el sector primario de la economía y, especialmente, con la producción agrícola. Sin embargo también ha sido referido a consideraciones demográficas, principalmente cuantitativas (cantidad de habitantes en un territorio determinado), por lo cual lo rural se ha caracterizado por la baja densidad de población y por su dispersión, en contraposición a lo urbano, principalmente por sus condiciones cuantitativas. Éstas se expresan en supuestos simbólicos que determinan la vida en el campo y expresan una connotación de atraso con relación a la ciudad.

Hasta mediados del siglo XX toda la isla era un 'espacio rural' con relación al país continental, donde las principales actividades productivas eran la agricultura y la pesca. Como estrategia de soberanía, el gobierno nacional impulsó un proceso de desarrollo, sustentado en una modernización concebida tras las revoluciones industriales. El campo y sus dinámicas se consideraban formas de "atraso". Por lo tanto el desarrollo o evolución histórica apuntaba a la modernización, siguiendo el camino de países industrializados, a través de mejoras técnicas, tecnológicas y científicas y el crecimiento económico era un fin en sí mismo (Echeverri, 1998). El desarrollo en la isla se expresó principalmente en el Puerto Libre, con el crecimiento económico basado en el comercio y el turismo, y sin proceso de modernización de la agricultura, que perdió importancia y fue desplazada por actividades del sector económico terciario economía (básicamente servicios).

La diversidad regional y la riqueza natural y cultural del país hace a los territorios rurales considerablemente complejos y diversos. En este estudio las características de dichos territorios, así como de sus labores productivas, superan su definición clásica desde lo productivo y cuantitativo, y que no están aún completamente dilucidadas ni teórica ni políticamente. La reestructuración de las relaciones entre el campo y la ciudad y las implicaciones que para aquel han traído las nuevas dinámicas del contexto económico internacional, los procesos de globalización y, con ello, las políticas macroeconómicas adoptadas por el país, han evidenciado que lo rural está cada vez más vinculado a labores productivas de los sectores secundario (manufactura e industria) y terciario (servicios) de la economía. Por lo tanto, la vocación agropecuaria y en menor medida otras actividades productivas tradicionales o primarias como

la pesca y la extracción de minerales, han dejado de ser consideradas como su determinante, a pesar de su importancia y representatividad en los territorios rurales.

La falta de claridad sobre lo rural también ha generado imprecisiones acerca de sus pobladores, ya que hasta hace poco, se consideraba que los habitantes del campo eran esencialmente los agricultores. Este estudio considera a los pobladores rurales como una unidad social y política que tiene particularidades regionales, étnicas, históricas etc., expresadas en actividades laborales y en las formas de organización social, y tienen unas implicaciones simbólicas en los propios actores. Los pobladores rurales tienen una relación menos artificial con la naturaleza que la de los urbanos y, por lo tanto, los procesos productivos escapan de su absoluto control, lo que trae importantes consecuencias para el proceso del trabajo, para sus relaciones sociales, técnicas de producción y mentalidad. Los procesos productivos rurales para conseguir el sustento y suplir necesidades (físicas y sociales) se caracterizan por el uso y apropiación de recursos naturales de su territorio (*sensu* Echeverri y Ribero, 2002), cada vez más vinculados con actividades económicas de sectores secundario y terciario (ecoturismo, articulación en cadenas productivas, procesos de agroindustria, etc.).

Los productores agropecuarios de San Andrés isla se entienden como pobladores rurales que llevan a cabo la generación de bienes (esencial, pero no únicamente, alimenticios) a partir de labores agrícolas y/o pecuarias. También incluye en menor proporción algunos procesos de comercialización, transformación y consumo de estos bienes. Los productores sanandresanos comparten características generales que permiten designarlos con la categoría de campesinos que, como construcción conceptual, no existe en la realidad, pero posibilita hacer comparaciones y análisis.

La categoría es amplia y resalta algunos elementos frecuentes y permanentes entre los campesinos, que se expresan y determinan históricamente en el tiempo y el espacio. La definición clásica del campesino se hace desde sus cualidades productivas o económicas: es el poseedor de una porción de tierra que explota por su propia cuenta, se apropia de una parte (no necesariamente de toda) de su producción y satisface con ella, directamente o mediante su cambio, las necesidades familiares; es decir que asegura ciclo a ciclo la reproducción de sus condiciones de vida y de trabajo (Shanin, 1979; Wolf, 1971). A partir de esta definición, algunos teóricos, especialmente en la década del 70, auguraron la desaparición de una gran parte de la producción campesina y/o su lenta pauperización en el mundo capitalista, ya que las formas de articulación generan la adquisición de un ingreso que apenas le permite subsistir. El proceso de descampesinización y los diferentes enfoques sobre los cuales se analizaba esta dinámica en la década de los 70 corresponden con Feder (1977).

Pero este aspecto representa sólo una parte de la complejidad de la vida campesina, así la antropología y la sociología han permitido comprender otros importantes de su mundo, ubicándolo como un sector social específico que tiene unas formas de organización social y una cosmovisión definidas, que no pueden designarse únicamente desde la dimensión económica. Hay algunos elementos que permiten darle contenido al concepto de campesino, pero no hay una visión sistemática ni una delimitación específica de éste en abstracto. Este estudio considera a los productores agropecuarios como campesinos. Sin embargo, la categoría de campesino no puede reducirse a la de productor agropecuario, ni todos los productores agropecuarios pueden considerarse campesinos. En San Andrés, la gran mayoría realizan una producción campesina y, aunque existen otros productores no vinculados a esta clase popular, constituyen una minoría y, por lo tanto, van a ser tratados sólo tangencialmente.

Los productores agropecuarios se organizan entre ellos y se relacionan con otros actores para llevar a cabo su labor. Se organizan y establecen relaciones entre ellos que son entendidas como de producción de bienes agrícolas y/o pecuarios, vinculadas con las formas de propiedad

continua de subordinación al modo de producción, o su desaparición, por medio de la transformación total del proceso de trabajo. Cómo se subordina una forma de producción a un modo determinado no está previamente definido, sino que depende de la resistencia que encuentra en las otras formas y de su propia fortaleza o debilidad para vencerlas (Sevilla y González, 1993 en Piña y Zabala; 1997: 84).

La producción agropecuaria en San Andrés se desarrolla en pequeñas parcelas del sector rural, que constituye el 67 % del área de la isla (cuadro 1) y la forma se caracteriza por el trabajo familiar, sin utilizar de manera permanente asalariado, y el autoconsumo. La familia constituye la principal unidad de producción y consumo de bienes (materiales y culturales), pero es principalmente, social, basada en el matrimonio y el parentesco, donde sus miembros conviven y cooperan dentro de la división de roles y tareas socialmente determinadas. La familia cumple un papel esencial en la transmisión de la herencia, tanto material como cultural, en la prestación de facilidades para el inicio de la vida del individuo y la determinación de su posición en la jerarquía de la estratificación social. También tiene unas funciones de socialización, seguridad y sustento moral y emocional de sus miembros. Las familias rurales suelen ser mayores o extensas, en la medida que están conformadas por núcleos conyugales emparentados, repartidos en varias generaciones, conformadas por el padre y la madre, hijos, nietos, tíos, tías, sobrinos y sobrinas etc.

Cuadro 1. Área y distribución de la población en San Andrés isla (tomado de DANE, 1999).

División política	Área		Población	
	Km ²	%	No	%
Cabecera	5,53	20,0	38.516	72,5
Centros poblados	3,37	12,4	9.855	18,5
Rural	18,08	67,2	4.788	9,0
Total	26,98	100	53.159	100

La producción rural, como ya se había enunciado, está ligada a los recursos naturales localizados, y ha tenido un prolongado proceso de localización, en el que "... la oferta de recursos ambientales ha determinado patrones de apropiación y permanencia en el territorio a través de procesos tradicionales e históricos..." (Echeverri y Ribero, 2002:29). La permanencia de los productores y sus familias durante un prolongado tiempo (generación tras generación), así como sus sistemas de herencia (especialmente caracterizados por la división de las propiedades entre los descendientes), han generado fuertes lazos, ya sea por sus orígenes sociales (de parentesco), como territoriales (de vecindad). Los lazos de parentesco, ya sea de consanguinidad (vínculos de sangre) o de afinidad (matrimonio), son frecuentes entre las familias campesinas y entre la comunidad vecinal. La transmisión de generación en generación, de la propiedad, así como la como de cargos y oficios y de la condición de miembro de un grupo de parientes, son factores importantes que cimientan estos lazos y que les otorga un carácter "familiar", según lo cual escribía Galeski (1977:145) "...una de las características fundamentales de la comunidad aldeana, a saber, los fuertes vínculos basados en los contactos personales, reforzados por el parentesco, el origen común y la homogeneidad social, es asimismo un rasgo característico del modo de explotación campesino..."

En San Andrés isla el aislamiento (800 km del continente colombiano y 150 km de la costa de nicaragüense) y la pequeñez (~27 Km²) son atributos, gracias a los cuales los habitantes afianzan los sentimientos de familiaridad, en la medida que desarrollan interacciones personales y

de los medios de la tierra, los instrumentos de trabajo, los insumos etc. y con la de apropiación de los excedentes (comercialización e intercambio de bienes producidos). Dichas relaciones productivas están fuertemente articuladas con las características de la cantidad y tipo de bienes, las formas o técnicas productivas, la relación y aprovechamiento de los recursos naturales, etc., pero también con las particularidades ambientales, sociales y culturales de la sociedad. Por ello están intrínsecamente ligadas a la tradición y a la historia y, de esta manera, los valores, conocimientos, destrezas, tecnologías e instituciones de cada sociedad rural, tienen una gran influencia en la evolución específica de sus sistemas y de sus relaciones específicas.

Las relaciones están ligadas con la lógica productiva, es decir con el sentido subjetivo que tiene la acción para quienes la realizan, lo que tiene que ver con la génesis, el desenvolvimiento y la tradición de la labor en un contexto determinado. Se expresa igualmente en la finalidad o finalidades (el fin último) que se persiguen al producir, y con los medios que se utilizan para lograrlos, lo que se entiende como lógica o racionalidad productiva. Este término está referido y limitado como acepción predominantemente económica, pero de él se desprenden implicaciones de tipo social, político y cultural, sobre las cuales se centra este estudio.

La labor productiva depende de las especificidades de la sociedad en que se desarrolla, determina la manera en la que la producción se lleva a cabo, así como la función que adquiere en la vida de cada productor. Por este motivo, aunque la racionalidad productiva determina algunas conductas económicas de la labor, como las formas de calculabilidad, los beneficios de la producción, el destino final y las formas de intercambio de los bienes producidos, entre otras, también tiene una estrecha relación con las de organización, diferenciación y distribución social, así como con las relaciones entre los individuos de las sociedades, y de ellos con los recursos naturales.

El análisis económico convencional establecía que las familias campesinas producían bajo una forma específica de organización y con una lógica o racionalidad económica propia, diferente a la de la empresa capitalista (Galeski, 1977; Jaramillo, 1988; Piña y Zabala, 1997) y, por lo tanto, irracional, en la medida que no tenían una eficiencia capitalista y, en muchas ocasiones, su producción generaba pérdidas económicas. Hacia finales de los años 80 se desarrolló una teoría sobre la racionalidad campesina, enmarcada en la creciente preocupación por el ambiente. Destacaba la eficiencia de la producción campesina desde su perspectiva ecológica, en la medida que se valoraba como una manera ecológicamente correcta de explotación de los recursos naturales (Piña y Zabala, 1997). Así, la irracionalidad económica de la producción campesina se destaca como una racionalidad específica, con un manejo característico de los recursos naturales. Las actividades productivas que un grupo humano organiza, dirige y realiza dependen de sus objetivos, sus tradiciones, su cultura y de los recursos con los que cuenta, y estos factores determinan las formas de trabajo, la distribución de los bienes y de las ganancias, así como las formas de acceso y control de la tierra. La articulación de estos factores en un contexto determinado se denomina forma social de explotación o de producción (Toledo, 1980 en Sevilla y González, 1993), y tiene implicaciones sociales como la distribución de la población en el territorio, las formas de división del trabajo y la asignación de roles, los procesos de socialización, los sistemas de estratificación social, las formas de cohesión entre los individuos, así como las de identidad, y del sentido de pertenencia, entre otros.

Dentro de las sociedades las formas de explotación diferentes se articulan entre sí y constituyen un modo de producción general. Un modo de producción tiene una vocación totalizadora, como el modo capitalista que rige los mecanismos ideológicos, políticos, jurídicos y culturales que garantizan su propia reproducción y la de las formas de explotación subordinadas, cuya existencia y mantenimiento deben entenderse en términos de conflicto con el modo de producción. Ello puede implicar la pervivencia de una determinada forma con cierta independencia, la negociación

permanentes. Con ello se refuerza el sentido de pertenencia a partir de un pasado común y una memoria colectiva, lo que engendra unas dinámicas distintas a las continentales.

El parentesco en la mayoría de las islas del Caribe es una expresión de la idea de solidaridad e igualdad entre los habitantes, que puede resumirse con el dicho común: *'We is all one family'* (Smith, 1956 en Wilson, 2004). Aunque el parentesco no es en sí mismo un principio de discriminación, tiene un sentido muy definido a través del cual la población puede diferenciarse. La llegada de colombianos y extranjeros del continente a la isla y el aumento de la población disminuyeron el ampliado parentesco, y ese sentimiento de pertenencia de los habitantes a una misma familia no los cobija a todos. Los apellidos tradicionales, que antes entrañaban el sentido de igualdad, ahora son argumentos de la diferencia entre raizales y continentales. A pesar de esto las condiciones insulares permiten que, aunque no todas las personas se encuentren emparentadas cercanamente (lo que aún es frecuente), muchas de ellas se conocen muy bien. Así, es común que si las personas no tienen relaciones de parentesco, hayan estudiado o trabajado juntas, tengan lazos de vecindad o conozcan numerosas personas en común.

Los lazos de familiaridad y sentimiento fortalecen los procesos de reciprocidad, ya que muchas de las interacciones se basan en el principio de devolver la ayuda a quien otorga un favor y de no hacer el mal a los miembros del grupo con los cuales se está agradecido, por lo cual hacer recíproco implica el derecho de recibir favores y la obligación de devolverlos (Uricoechea, 2002). Gracias a ello, es común la ayuda mutua y regular entre las personas durante muchas de las actividades diarias, así como en los diferentes procesos productivos, para lo cual escribe Shanin (1973:28):

“... en este nivel se realizan abundantes trabajos para los que el trabajo de una sola familia no es suficiente. Esto a menudo, se hace sin utilizar trabajo asalariado a través de la ayuda de vecinos o de una “parte” institucionalizada, donde se obtiene la ayuda de un grupo amplio (por ejemplo para la construcción de una casa) mientras la familia beneficiada provee alimento y bebida. Diversas formas de cooperación vecinal se emplean para la limpieza de los terrenos, la recolección el cuidado del ganado, etc....”.

Las vivencias comunes y la historia compartida suscitan un sentido de permanencia a la sociedad y promueven el desarrollo de una identidad colectiva, que implica una conciencia individual pero íntimamente relacionada con la de los demás, compartiendo un gran número de creencias y sentimientos. Ello genera un alto grado de cohesión interna, caracterizada por la semejanza, proceso al que Durkheim (1995) denominó solidaridad mecánica, y que influye permanentemente en la vida de las personas. Para ello escribía Ratter (2000:98):

“... La pequeñez significa acumulación de cargos y relaciones interpersonales directas, auxilio entre vecinos, lo mismo que chismes. La opinión de los vecinos, al igual que el intercambio abierto sobre la misma, obtiene un valor difícil de comprender, por los habitantes de grandes ciudades. La opinión de un individuo de la comunidad depende decisivamente de su propia reputación, la cual no obstante, está bajo la amenaza permanente por el intercambio de chismes...”.

Estas estructuras de relación entre las familias rurales ha permitido el continuo intercambio de bienes materiales y culturales, entre los cuales los alimentos han tenido un papel muy importante. Antes del proceso de colombianización, la baja densidad de población de la isla y la principal ocupación de sus habitantes en la agricultura y la pesca proporcionaba una abundante producción

de diferentes bienes alimentarios. El intercambio de productos era generalizado entre las familias isleñas y tenía un carácter esencialmente recíproco. No existía un mercado interno formal y el dinero no determinaba su adquisición. Aún después del debilitamiento del sector agropecuario en la isla el intercambio de productos alimentarios y de comidas elaboradas es frecuente y tiene un carácter importante en la identidad de los pobladores originarios. La disminución de la producción de alimentos y el aumento de la población han generado la importación de alimentos desde el continente, con lo cual su adquisición está sustentada cada vez menos sobre los lazos de familiaridad y sentimiento.

El desarrollo impulsado por el gobierno central para San Andrés, expresado principalmente en el proceso del Puerto Libre, consolidó el crecimiento económico de algunos de los sectores de población de la isla (colombianos continentales y extranjeros vinculados al comercio y al turismo), pero no se expresó en el total de la sociedad. Desplazó de la economía a los habitantes raizales, aumentó los niveles de pobreza e incrementó sus desigualdades; por ello se entiende aquí el desarrollo como un profundo crecimiento social, que considera la protección del ambiente, de la diversidad cultural y social, etc. y que tiene como objetivo hacer frente a las necesidades del presente sin poner en peligro la capacidad de futuras generaciones para satisfacer sus propias necesidades (Informe Bruntland 1987 en Escobar, 1996). La participación de las comunidades en la determinación del modelo de desarrollo que más les conviene, según sus ideas de mundo, aspiraciones vitales, escala de valores, su propio concepto de calidad de vida y sus tradiciones, es indispensable, a la vez que gran reto para el país y, por supuesto, para San Andrés. Por ello se revaloriza el papel de la producción agropecuaria y los productores en el desarrollo de la isla, gracias a la conservación de los recursos naturales y de la identidad de la comunidad raizal.

La transición secular

El ejercicio de la soberanía sobre San Andrés durante el siglo XX, a través de la colombianización y homogenización, y con ella, la llegada de continentales extranjeros y nacionales, han generado profundos cambios sociales y culturales que atraviesan directamente la producción agropecuaria. Las nuevas dinámicas y un modo de desarrollo ajeno impuesto han suscitado la crisis económica, étnica y cultural actual y afectado las formas de producción que, sin embargo, cumplen un papel importante, tanto en la seguridad alimentaria de algunos de los habitantes, como en el mantenimiento de la cultura y tradición raizal. La mezcla entre raizales, colombianos continentales y extranjeros crea un complejo cultural donde se encuentran diferentes mundos y se expresa en tensiones sociales y culturales. A continuación se presentan algunos factores que han agenciado los principales cambios en la actividad agropecuaria y que determinan sus principales problemáticas en los primeros años del siglo XXI. Los inicios del siglo XX estuvieron marcados por dinámicas comerciales y sociales del Caribe Occidental; una unidad espacial con características físico-geográficas y con una memoria colectiva (Sandner, 2003), comprende la vertiente oriental del istmo centroamericano y el costado occidental del Mar Caribe.

Desde la llegada de los primeros pobladores, la actividad agropecuaria había sido permanente en la isla, primero bajo el modelo de plantación con la mano de obra esclava como base y, posteriormente, con la coexistencia del cultivo de pancoger con los de exportación, en pequeña escala. A inicios del siglo XX la producción era un todo integrado a la vida de los isleños, los ciclos de la labor agropecuaria, así como de la pesca estaban totalmente interrelacionados con los sociales (fiestas, reuniones, descansos, etc.) de las familias y con la vida de cada persona. La familia constituía la unidad social principal, en el seno de la cual se realizaba la labor a través de una estrecha vinculación intergeneracional, y en su interior el trabajo estaba dividido según el sexo y la edad de los integrantes (Parsons, 1985; Wilson, 2004).

La mayoría de las familias eran propietarias, principalmente de unidades de menos de una hectárea. La tierra era el soporte del estatus y de la diferenciación social, y era la fuente de adquisición de bienes e ingresos. La propiedad de la tierra estaba fuertemente relacionada con el sentimiento de pertenencia a la isla y connotaba la libertad para los pobladores originarios, descendientes de esclavos (Parsons, 1985; Wilson, 2004). El trabajo productivo se realizaba en estrecha cooperación y sincronización entre vecinos, entre los cuales se intercambiaban trabajo y bienes, y se mantenía un fuerte lazo, en muchas ocasiones de tipo familiar (parentesco) debido a las formas tradicionales de herencia de la tierra (una parte a cada uno de los hijos). El trabajo se realizaba colectivamente, y en las jornadas de limpieza o de siembra participaban numerosos vecinos y familiares.

“...nosotros vamos a limpiar mañana, para sembrar. Todo el mundo viene acá. Pasado mañana vamos donde el otro vecino. Todo el mundo va donde el otro vecino y así y cuando va a sembrar vamos también por grupos porque, como todos siembran al mismo tiempo, se dividen unos aquí y los otros allá, pero a la limpieza van todos juntos, y las mujeres se dedican a cocinar. Ahí mismo hacen como un picnic: se hace cangrejo, pescado, gallina o matan un cerdo y así. Pero cada uno lleva una torta, uno lleva dulce un 'bon' o una galleta, jugo de tamarindo o miel de caña con limón, pero de las cosas que uno cosecha. Las mujeres van y cocinan y cuando es a sembrar las mujeres ayudan a sembrar, cuando es tiempo de yuca hay una yuca que sacan para hacer el 'boil-up' ...” (Entrevista con esposa de productor realizada el 5 de noviembre del 2004).

El Puerto Libre cambió las estructuras socioeconómicas y culturales de la isla. Las nuevas facilidades y ventajas comerciales atrajeron emigrantes del Medio Oriente y, especialmente, colombianos continentales, con lo cual la población aumentó considerablemente, de 5.675 habitantes en el año 1952 a 16.731 en el año 1964 y 42.315 en 1988 (Vollmer, 1997). El nuevo modelo de desarrollo transformó los asentamientos y la disposición sobre el territorio, cambió la economía doméstica de subsistencia por una basada en el comercio y el turismo. El aumento de la población llevó a una rápida urbanización de la isla, se construyó la estructura necesaria para el comercio y el turismo, se alteró radicalmente el paisaje, y la tierra adquirió un valor comercial (Sandner, 2003). El español, el catolicismo, así como el derecho colombiano fueron impuestos a los pobladores tradicionales, denominados raizales, lo que generó un conflicto entre los isleños y los nuevos habitantes del archipiélago.

A inicios de los años 80 el gobierno realizó algunos estudios para el desarrollo del sector pero las actividades agropecuarias eran percibidas como “...un paso atrás en la historia y, al mismo tiempo, son percibidas como de poco valor, al menos con respecto al sector de servicios, tales como motoristas o conductores de taxis...” (Sandner, 2003: 338). Para esa misma época quedaban menos de 10 “empresas agropecuarias” de más de 10 hectáreas, en las que se encontraban plantaciones de coco medio silvestre alternadas con tierra baldía. Estas haciendas surtían de coco a la fábrica de aceite que se abrió en 1954 y vendían algunas nueces a los barcos que viajaban a Cartagena, pero la actividad era muy poco rentable¹³. Se contaron 1600 empresas entre las cuales el 98% estaba constituido por minifundios de menos de dos hectáreas (cuadro 2). Es evidente entonces, que el modelo del Puerto Libre debilitó la producción agropecuaria y los principales bienes de consumo empezaron a importarse, lo que generó altísimos costos en los precios de los alimentos básicos.

Cuadro 2. Tamaño de producciones agropecuarias en San Andrés en 1978, contabilizando sólo dueños de tierra pero no arrendatarios (tomado de Sandner, 2003).

Tamaño en hectáreas	Número
0,1 – 0,9	1453
1,0 – 2,0	116
2,0 – 10,0	22
10,1 – 15,0	3
15,1 – 25,0	5
25,1 – 50,0	2
TOTAL	1601

La apertura de los años noventa generó una crisis económica muy fuerte en la isla, el comercio se debilitó y descendió el número de pasajeros llegados a la isla, especialmente en la recesión económica de 1996 y 1997. La crisis condujo al recorte de muchos trabajadores vinculados a la gobernación y a otros empleos públicos, con lo cual aumentó la población desempleada, y el poder adquisitivo de los pobladores disminuyó. Pero la crisis económica fortaleció y evidenció otra diferente: la étnica y cultural. La nueva Constitución de 1991 formalizó la nación colombiana como pluriétnica y multicultural, lo que posibilitó la autonomía cultural de los pueblos. La Ley 47 de 1993 “Por la cual se dictan normas para la organización del departamento archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina”, que reconoce y proclama la preservación de las características culturales de los pobladores raizales de la isla y crea la Oficina para el Control a la Circulación y Residencia OCCRE, con el fin de controlar la densidad de población, y que crea la Corporación para el Desarrollo Sostenible del Archipiélago CORALINA, que maneja todo lo relacionado con el uso de los recursos naturales.

El modelo de colombianización ha llevado a San Andrés a una situación preocupante en relación a sus recursos naturales. Actualmente la isla tiene una alta densidad de población de (aproximadamente 1700 habitantes por Km²), que ejerce una fuerte presión sobre los recursos naturales, caracterizados por su enorme fragilidad, debido a la limitación espacial y al aislamiento del continente. El agua dulce, los suelos, la pesca son escasos y han tenido manejos impropios que han contribuido a su contaminación, disminución y en algunos casos a su desaparición, escenario que ha disminuido crecientemente la calidad de vida de sus habitantes. Aunque la mayoría de los habitantes están vinculados al turismo, directa o indirectamente, la densidad de población y la baja rentabilidad no permiten que todos encuentren empleo.

El interés del gobierno departamental en la actividad agropecuaria ha venido ampliándose, especialmente desde la declaración como Reserva de la Biosfera, y su articulación con el sector turístico empieza a ser de gran importancia. Así, el plan de Desarrollo Departamental 2003 – 2005 “Recuperando Nuestra Dignidad” (Newball, 2003), establece una línea de desarrollo para el sector agropecuario, según la cual:

“...la denominación de Reserva de Biosfera implica asumir una serie de cambios en el uso del territorio y en la oferta ambiental, el Plan de Turismo plantea el desarrollo equilibrado del territorio donde el sector agrícola, pecuario y pesquero da respuesta creciente a la demanda del mercado local. Esta demanda se generará por la puesta en marcha de los productos turísticos priorizados y consistiría en el suministro de alimentos y de servicios relacionados con el sector para soportar las líneas del ecoturismo, el turismo cultural, el acuaturismo y el turismo rural. Con el fomento de las actividades agropecuarias se buscaría adicionalmente preservar la

tradición cultural basada en estas actividades, proveer seguridad alimentaria y proteger la capa vegetal...”.

Pero la producción agropecuaria está fuertemente disminuida. Actualmente genera empleo tan solo para el 1% de la población, la producción de bienes alimenticios es marginal y la isla tiene un alto nivel de dependencia con el continente (Polanía, 2004). El 95% de los productos alimentarios que se consumen, son importados de los Estados Unidos, Nicaragua y Colombia continental (Jaramillo y León, 2003; Orozco, 2003). Los productos agropecuarios de la isla son utilizados principalmente para el autoconsumo y, aunque hay alguna distribución, en general la cantidad comercializada en el mercado interno es muy reducida (ver capítulo III), lo que, sumado a la baja proporción de frutas y verduras importadas trae diferentes problemas en la calidad de la alimentación y de la salud de los pobladores. Los jóvenes se interesan cada vez menos en la labor, que ha adquirido una connotación negativa, pues es vista como un paso atrás en la historia y como una labor de poco valor y cada vez más está en manos de una sola persona de la familia, especialmente de los más viejos. Se han erosionado y en ocasiones roto los sistemas de cooperación e intercambio que se establecían entre vecinos, gracias al aumento de la población, la llegada de nuevos actores y la pérdida de la propiedad de la tierra.

A pesar de esto, las familias isleñas, y ahora las nuevas familias de origen continental, vinculadas a la labor, han adquirido diferentes estrategias a través de las cuales han posibilitado la permanencia de la actividad agropecuaria, y aunque los productores se han vinculado a nuevos trabajos relacionados con el comercio y el turismo. Éstos son alternados con la producción o se utiliza el tiempo libre para llevarla a cabo. Algunas formas de cooperación e intercambio aún siguen vivas. El intercambio permanente con las diferentes formas de vida de los nuevos actores ha generado nuevas expresiones, características y tensiones en la labor y en la vida de los productores.

La labor agropecuaria

La labor agropecuaria ha perdido importancia, pero resulta evidente su fuerte relación con la tradición raizal. Resulta fundamental exponer la naturaleza actual de la labor agropecuaria, teniendo en cuenta las relaciones productivas de los productores y sus familias que, en la mayoría de los casos, se sustentan en los lazos de familiaridad y amistad que han sido permanentes en contexto insular. Para empezar es importante tener en cuenta que la determinación de dimensiones y cantidades consecuentes con el tamaño de la isla es un problema frecuente, que genera gran dificultad frente a la recolección de datos precisos. Además, como es común encontrar un pequeño espacio en los patios de las casas de los pobladores rurales destinado a mantener cultivos para el consumo familiar, las entidades vinculadas con el sector agropecuario (secretaría de agricultura y pesca, Coralina, Universidad Nacional de Colombia, SENA, ICA, INCODER, etc.), han tenido dificultades en determinar y referenciar a los productores. En la mayoría de los casos y, especialmente en el censo agropecuario, no se han tenido en cuenta variables como la dedicación a la labor o su representatividad en los ingresos familiares, con lo cual resulta difícil precisar las personas y familias para quienes la labor es una profesión. Galeski (1977:78) entiende la profesión como un complejo de actividades diferenciadas que se ejecutan regularmente; ella presta servicios a otras personas de la sociedad, constituye un medio regular para la subsistencia y requiere de información apropiada que le permite al individuo desempeñar generalmente sus funciones en beneficio de los demás a cambio de los medios de subsistencia.

La actividad agropecuaria se realiza principalmente en la zona rural de la isla, en pequeñas parcelas, entre 0,5 y 2,0 ha (Polanía, 2004), en las que se combina lo agrícola con lo pecuario. Predomina el huerto mixto tropical, en el que se intercalan varias especies (López, 2004; Polanía,

2004; Rodríguez, 2003; Sandner, 2003). Se siembran diferentes productos, de los cuales se han reconocido aproximadamente 22 familias botánicas distintas, a las que pertenecen 34 de las principales especies cultivadas. Predominan la caña, yuca, árbol de pan, guanábana, tamarindo, mango, aguacate, melón, patilla y ahuyama (Polanía, 2004; Rodríguez, 2003). La producción está determinada por el régimen de lluvias de la isla, ya que no existen sistemas de riego que puedan asegurar agua en los cultivos durante todo el año y, por lo tanto, la producción no es constante.

Las particularidades del trabajo de los productores obedece a condiciones materiales (en este caso, principalmente la tierra) y a funciones sociales, determinadas por la división simple de la actividad, que se describen a continuación. Según un censo agropecuario departamental del 2001 (López, 2004), había 396 productores agrícolas y pecuarios, que tenían sus parcelas distribuidas especialmente en los sectores de San Luis y La Loma. Los productores son mayoritariamente de origen raizal, y según datos de un censo agropecuario de 1997 (López, 2004), el 95,2% hablaban *créole* y/o inglés. Aunque anteriormente la actividad era realizada por todos los miembros de la familia y era común el trabajo integrado de dos o hasta tres generaciones, actualmente la actividad es realizada principalmente por un integrante de la familia y, especialmente, de más de 50 años (los cuales conforman el 60 % del total, aunque reciben colaboración ocasional de otros miembros, como hijos, nietos o cónyuges, para ciertas actividades como la siembra de algunas especies, la recolección de frutos o la alimentación de los animales. Muchos de los actuales productores hicieron parte directa de la actividad agropecuaria antes del Puerto Libre y estuvieron vinculados a la venta de coco y de algunos cítricos, pero luego la mayoría se empleó en otras actividades, especialmente del sector público, unos abandonaron la labor durante algunos años y volvieron a ella tras pensionarse y otros la alternaron con los nuevos empleos. Ahora la mayoría de los productores realizan la actividad conjuntamente con otros empleos, según la Encuesta Agropecuaria Interinstitucional EAI, realizada en el 2002 con datos de 184 productores (López, 2004), sólo el 37% se dedica exclusivamente a la labor agropecuaria y el 59% lo alterna con otras actividades. De esta manera la multiocupación, entendida como la tendencia de las familias rurales y de sus individuos a obtener sus ingresos a partir de variadas fuentes de trabajo (García, 2004), es una estrategia frecuente entre los productores, aún cuando la dedicación exclusiva o especialización, es significativa.

Según el censo agropecuario del 2001 (López, 2004), el 70% de los productores tenía ingresos menores o iguales al salario mínimo mensual, dato en el que se tienen en cuenta los ingresos deducidos de todas las actividades realizadas, y que se basa en los ingresos individuales. Un estudio de 85 familias vinculadas con labores agropecuarias en el 2003 (Jaramillo y León, 2003) halló un ingreso familiar total de aproximadamente 2,6 salarios mínimos, realmente bajo, teniendo en cuenta los altos costos de vida en la isla. Aunque no hay datos sobre la representatividad de la actividad agropecuaria en el ingreso familiar total, parece evidente que, en la mayoría de los casos, es subsidiada por las otras (Polanía, 2004), especialmente teniendo en cuenta la poca comercialización de los productos agropecuarios.

El trabajo es independiente, pero los productores suelen apoyarse entre ellos en algunas actividades, como en limpieza y preparación de los terrenos, la monta y sacrificio de reses y cerdos, entre otras. Esta práctica compensa en ocasiones la necesidad de contratar mano de obra. Durante el trabajo de campo fue común encontrar dos productores que laboraban conjuntamente para recoger la comida de los cerdos y limpiar los terrenos y también se dividían las semillas y se prestaban algunos instrumentos para trabajar (como machetes, palas, azadón, etc.) aunque sus cosechas o animales fueran independientes. La familia sigue constituyendo un componente muy importante, no sólo por la participación de sus miembros durante diferentes procesos (limpia del terreno, siembra, cosecha, cuidado y alimentación de los animales etc.),

sino porque sus necesidades, tanto materiales como sociales y culturales, guían muchas de las decisiones y de las prácticas. De esta manera normalmente los intereses de la explotación se identifican con los de la familia.

La división de las labores al interior de la familia, y con relación a la actividad agropecuaria, está determinada básicamente por la edad y el género de cada uno de sus integrantes. El principal responsable de la labor es el hombre, pero hay algunas mujeres que dirigen y deciden sobre la producción o que comparten con sus esposos estas decisiones y que ayudan o se encargan de los diferentes procesos productivos al igual que del cuidado de los animales (López, 2004). Las mujeres han estado muy relacionadas de la labor agropecuaria, aún antes del Puerto Libre, ya que los hombres salían a pescar, recogían y comercializaban el coco durante varios días y las mujeres quedaban encargada de las labores del hogar, que incluían en muchos casos el cuidado de la parcela (Enciso, 2004). Actualmente el papel del de la mujer está más relacionado con las decisiones y preparaciones de los alimentos para el consumo familiar (Jaramillo y León, 2004). Esta tradición ha venido desapareciendo, aunque algunas mujeres venden estas preparaciones tradicionales sobre pequeñas mesas (denominadas 'fair tables') en algunos lugares de la isla frecuentados por turistas. Otro papel importante que cumple la mujer es la crianza y cuidado de los hijos. La mayoría de sus actividades están guiadas por sus necesidades y bienestar, como lo expuso una esposa cuando le pregunté las razones por las cuales regalaba algunos de los productos de su finca:

“... Yo regalo sin esperar nada a cambio. Yo no espero de las personas a quienes regalo que me recompensen económicamente, porque nosotros tenemos una creencia: si yo doy, a mi hijo lo invitan; así nosotros esperamos remuneración de esas personas a las cual regalamos. Más que todo una madre isleña piensa en sus hijos. Esa madre dice: si mi hijo sale y se va, ¿quién sabe por dónde va a encontrarse con alguien que le regale un bocado de comida, o deje pasar una noche, o le regale una muda de ropa para que no esté sucio? La madre, la mujer isleña piensa, más que todo en sus hijos, no espera recibir nada a cambio... Nosotros tenemos la costumbre o la tradición de “haz el bien y no esperar nada a cambio” porque las bendiciones se les devolverán pero a sus hijos...” (entrevista del 13 de octubre del 2004).

Los niños y jóvenes no realizan un papel permanente en la labor agropecuaria. En ocasiones colaboran en algunos momentos de la producción pero, en general, la están vinculados a la labor, en menor escala, entre otras razones, por la motivación que les han dado sus padres. Con el fin de tomar parte de la actividad económica del comercio y el turismo han influido sobre sus hijos para que opten por una actividad diferente a la agropecuaria (CORALINA, 2000; Polanía, 2004). Cuando pregunté a algunos de los productores si querrían que sus hijos continuaran con la labor contestaron que preferían que la realizaran sólo como pasatiempo y no para ganarse la vida. Prefieren que sus hijos estudien y se dediquen a una profesión que les de mayores ingresos. Los productores agropecuarios y mantienen dentro de sus familias, y con otras no vinculadas directamente con lo agropecuario, fuertes lazos de familiaridad, vecindad y amistad, que son constantes durante el proceso productivo y que contribuyen de diversas maneras para que la labor se lleve a cabo. Incluyen el préstamo de tierra y de otros medios de producción, la realización de labores compartidas o el continuo intercambio de productos y de alimentos elaborados a base de ellos.

Actualmente la mayoría de los productores agropecuarios no trabajan en terrenos propios, en ocasiones las escrituras figuran a nombre de sus padres o abuelos, pero lo más común es que

los terrenos les sean prestados por familiares o amigos, sin que los ocupantes tengan que pagar. En la mayoría de los casos el productor regala una pequeña parte de su producto como muestra de gratitud, pero ésta no constituye una obligación. Sobre los terrenos prestados es posible cultivar y hacer algunas construcciones temporales, pero no se obtiene el derecho de construir vivienda. Cuando los terrenos son solicitados nuevamente por los dueños o por alguien que los necesita, es común que los productores dejen con orgullo los árboles frutales, algunos cultivos y las mejoras realizadas en él, como una forma de agradecimiento por el favor prestado. Algunos de los propietarios o cuyas fincas figuran a nombre de sus abuelos o padres fallecidos, conservan en una parte de las parcelas un pequeño cementerio familiar.

La poca propiedad sobre los terrenos sobre los que se trabaja conlleva a que en la mayoría de los casos no hagan grandes inversiones y tengan dificultades para pedir préstamos o créditos (Coralina, 2000; Polanía, 2004). Pero, por otro lado, también hace de la tierra un bien con un alto valor social, que no sólo está determinado económicamente. Es casi inexistente el pago de un arriendo o renta, así que la posibilidad de uso está determinada por los lazos de familiaridad y amistad, frecuentes en San Andrés. Ellos permiten que las personas que no tienen suficiente tierra para cultivar o para criar sus animales, o que no tengan suficientes ingresos para pagar por ella, puedan hacerlo.

La comercialización

En las fincas de los productores y sus familias, así como las esquinas de sectores como la Loma o San Luis se realiza una comercialización informal de los productos y, aunque no hay una venta continua ni formalizada, con horarios, fechas ni lugares específicos, hay diferentes temporadas de ventas a lo largo del año dependiendo de la producción. También existen fechas especiales, en las cuales se comercializa de forma generalizada, como en el caso de la venta de cerdo y de res en diciembre. Las ventas de los productos se realizan en las fincas o casas de los productores a las que acuden los compradores que han sido anunciados con antelación por el mismo productor o por sus vecinos, amigos y conocidos. Todos conocen más o menos las fechas aproximadas, ya que la determinación de la producción por el régimen de lluvias de la isla implica, por lo general, una cosecha al año de la mayoría de los productos, con algunas excepciones (por ejemplo el plátano y la papaya). Pero aún así, es común encontrar colgado en el frente de las casas algunos gajos de plátano o de cuatrofilos, con lo cual se “anuncia” la venta del producto.

Los cerdos se comercializan en pie, especialmente pequeños, o se vende la carne y, aunque hay res, se comercializan en ocasiones en algunos supermercados y tiendas. La mayoría del sacrificio, corte y venta se realiza informalmente sobre pequeñas mesas de madera construidas en frente de algunas casas ubicadas especialmente en San Luis y la Loma. La comercialización se realiza el mismo día del sacrificio, y es común que el productor avise el día y la hora en que se va a llevar a cabo esta labor. La noticia se difunde entre la comunidad y las personas interesadas acuden ese día o encargan la cantidad de carne que desean. El sacrificio se realiza en la madrugada, la mayoría de las veces, y la venta se hace en el transcurso del día, especialmente en la mañana. Alrededor de la mesa se reúnen de tres a cinco personas armadas de cuchillos y hachas y van cortando y vendiendo la carne. Durante el día se acercan a la mesa varias personas, normalmente conocidas del dueño o por quienes ayudan, a comprar la carne del animal sacrificado.

La carne se vende por cantidad y no por calidad. No hay distinción del tipo de carne vendida, se reparte en cada libra una poco de todo (carne, huesos, grasa y fibra), estrategia que han encontrado los vendedores para no perder ninguna parte del animal. También es normal que algunos familiares del dueño del animal tengan el derecho de escoger y llevar la cantidad y

calidad de carne que deseen. La venta de carne de res y de cerdo disminuyó con la creciente importación de productos cárnicos a la isla; el sacrificio y la comercialización, no es muy frecuente debido entre otras cosas, a la bajas poblaciones de animales (López, 2004), pero se realiza especialmente algunos días a lo largo del año, según las necesidades y criterios de los productores. Suele llevarse a cabo, especialmente los sábados en la mañana. Se comercia más carne de res y cerdo en diciembre, ya que hace parte de la comida tradicional de las festividades. También se comercializan coco, fruta de pan, yuca, boscó o cuatrofilos, mango, guayaba, papaya, melón, guanábana, patilla, batata, entre otros, en supermercados, restaurantes y en hoteles, especialmente en temporada alta, pero no hay datos exactos.

Otra de las formas de comercialización es a través de los vendedores de unos pequeños puestos de mercado ubicados en el parque Bolívar y en la Avenida Newball frente de la Estación de Gasolina Nenes Marina. En estos pequeños mercados hay actualmente seis estantes, donados por la Secretaría de Agricultura y Pesca, donde se exhiben los productos. Los vendedores son también agricultores pero compran gran variedad de productos a los demás y los comercializan. Por un acuerdo en los precios compran a los productores y venden a los consumidores (cuadro 3) por debajo de las tiendas formales.

Cuadro 3. Precios acordados para los productos vendidos en los mercados dispuestos por la Secretaría de Agricultura (con base en charlas informales realizadas el 25 de noviembre y el 3 de diciembre del 2004, con vendedores del Parque Bolívar).

PRODUCTO	PRECIO
Boscó o cuatrofilos	100 o 200 c/u
Ají picante	1000 / docena
Fruta de pan	1000 o 2000 c/u
Auyama	800 / libra
Aguacate	1000 o 2000
June plum	200 c/u
Coco	300 c/u
Guanábana	1000 o 1500 c/u
Maracayá	1300 / libra
Plátano	300 c/u
Papaya	1000 / libra
Banano Verde	150 c/u
Cañafístula	500 c/u
Mamones	1000 / gajo
Caña	1000 c/u
Ñame	700 / libra
Batata	1500 / libra
Sorril	4000 / libra
Yuca	800 / libra

Los vendedores (mayoritariamente raizales) han encontrado algunas estrategias para conseguir más ingresos y no sólo venden los alimentos locales sino que también elaboran algunos aceite de coco, guarapo de caña, tutti fruti y “seaweed” (una especie de colada que hacen con un alga marina, banano, leche, nuez, y canela), así como productos traídos del continente (patilla, banano y uvas, entre otros).

Autoconsumo e intercambio

“...regalar es una tradición en la isla. En nuestros ancestros había cultivadores, pescadores, los que cuidaban cerdos y vacas, los que cultivaban naranjas. Salía el pescador y venía, la esposa del pescador le mandaba su ración de pescado a cada esposa. El que siembra yuca, (cuando) venía el marido de cosechar la señora le mandaba su poquito a cada casa y así sucesivamente. Regalar es una tradición en San Andrés, entre los isleños...” (entrevista con productora realizada el 13 de Octubre del 2004).

En la mayoría de los casos, aunque los productores destinan gran parte de sus cosechas al autoconsumo, adquieren la mayoría de los que consumen habitualmente, del mercado (Jaramillo y León, 2003), por lo que es claro que la actividad para muchos de los productores no tiene como principal fin la consecución del sustento para suplir sus necesidades básicas. Otra gran parte de la producción se regala a familiares, vecinos y amigos, y es común que en época de cosecha las personas se acerquen a las fincas a recoger los productos o que el mismo agricultor o porcicultor se los mande o se los lleve personalmente. Esto ocurre también con algunos alimentos preparados a partir de las frutas y otros bienes cultivados, como tortas, dulces, etc. Antiguamente era habitual y generalizado el regalo e intercambio entre las familias y, aunque actualmente la cantidad de productos cosechados no es igual y tampoco es posible regalar de la misma manera, la práctica aún se mantiene. Cada productor y cada familia tiene una pequeña red de parientes, amigos y conocidos a los cuales les regalan un poco de las diferentes cosechas. El consumo familiar y el regalo es para muchos productores y sus familias una prioridad, y es una de las principales maneras con las cuales se devuelven favores y se manifiesta gratitud, entre las personas. Esta forma de regalo e intercambio de productos era generalizada en la isla, y era una manera de alcanzar la seguridad alimentaria de los pobladores. El intercambio y el regalo de productos y alimentos igualmente ayudan a afianzar las relaciones y los lazos de amistad y parentesco, por lo cual es común escuchar reclamos por el “abandono” en el que una familia o persona tiene a otra, haciendo referencia a que no se le han proporcionado algunos productos de sus cosechas desde hace algún tiempo. Los procesos de intercambio y regalo no sólo se realizan según el criterio y la disposición de cada familia, sino que también están determinados por algunos eventos sociales especiales, esencialmente tradicionales de la comunidad raizal y, aunque algunos han desaparecido, otros se conservan con cambios en el tiempo.

Eventos tradicionales

Los eventos alrededor de los cuales se programan las cosechas y, por lo tanto, las siembras de ciertos productos incluyen el Día de Acción de Gracias, una celebración oficial en Estados Unidos y Canadá, que se celebra el último jueves de noviembre. Fue realizada por primera vez en los Estados Unidos en 1621 después de que los peregrinos puritanos recogieron la primera cosecha, tras lo cual se proclamó un día de agradecimiento y de oración compartido con los colonos y las tribus indígenas. Actualmente la celebración tiene como objetivo agradecer una vez al año por las diferentes cosechas obtenidas. Las iglesias bautistas son adornadas con todo tipo de productos agropecuarios de la isla. Durante el trabajo de campo fue posible asistir al servicio de Acción de Gracias en la Primera Iglesia Bautista de La Loma. Sus paredes habían sido cubiertas con caña de gran tamaño, en el corredor central se había dispuesto una fila de plátano, principalmente de boscó, y en la parte delantera de la iglesia, a los pies del pastor y del coro, se habían organizado otros productos como boscó, yuca, caña, coco, *june plum*, ñame y batata.

Durante el servicio de la noche, el pastor y las diferentes personas asistentes agradecieron a Dios por todas las cosas que les fueron otorgadas durante el año (buena salud, estudio para sus hijos, tranquilidad etc.). Al final el pastor agradeció y bendijo los alimentos cosechados en la isla hasta ese momento y los que se producirán durante el siguiente año. Después del servicio los asistentes, que habían permanecido sentados, se acercaron a los diferentes productos dispuestos al interior de la iglesia, los cuales se vendieron por un precio muy por debajo del cual se comercializan habitualmente y la mayoría de las personas salieron de la iglesia con un racimo de boscó o de yuca en sus manos.

En tiempo de cosecha y molienda de caña era también un momento de encuentro comunal, en el cual las familias se reunían para cosechar y moler el producto, pero donde también se cocinaba conjuntamente y se intercambiaban algunos productos agropecuarios. La elaboración de dulces a base de miel de caña se realizaba conjuntamente en este evento. Aunque ya no se lleva a cabo de la misma manera, aún se realiza la molienda durante los primeros meses del año. La elaboración de dulces a partir de la miel de caña aún es realizada por algunas mujeres de origen raizal y, en ocasiones, se comercializa en el parque Bolívar.

“... Cuando es tiempo de empezar a moler caña, hacemos dulce de marañón, bolas de coco, dulce de papaya, de naranja, de naranja común y corriente. No de esas naranjas grandes. Se raya y se pica la piel y cuando ya llega a la parte blanca se deja de rayar y se enjuaga eso y quitando eso de la fruta se deja en agua salada en la serena hasta el otro día. Cuando se empieza a cosechar caña, la familia de la persona que está moliendo se muda por donde están moliendo la caña, porque ellos hacen chozas y cualquier persona que tiene, los vecinos se mudan por allá. Todo el mundo cocina, se muda, tiene su música, como si fuera una fiesta, tienen guitarra, tambor. Ellos tenían bandolín y no me acuerdo como se llama el otro. Pero cuando están moliendo caña eso es como una fiesta, todo el mundo se va aunque no tenga caña para moler; los demás le dan su guarapo y usted tiene para cocinar su dulce, todo el mundo viene alegre... empieza desde final o el 15 de enero, febrero hasta en abril y todo el mundo va mudando, porque eso era como una fiesta y todo el mundo mudando con esa familia y con la otra familia. A las viejas les da por bailar, entonces trabajando y bailando, cocinando, hacen su sopa de cangrejo, su sopa de frijoles, su rondón, comida típica de la isla...” (entrevista con productora el 10 de noviembre del 2004).

Los fallecimientos perturban a vecinos, amigos y familiares, por lo cual a los entierros suelen asistir numerosas personas. En el caso del fallecimiento de un nativo, es común que amigos, conocidos y, especialmente, familiares cercanos y lejanos acompañen a la familia del difunto durante nueve días, durante los cuales se reza por el alma del finado. En ocasiones asisten algunos pastores que realizan pequeños servicios en la casa de los familiares más cercanos. En estas situaciones se reparten entre los asistentes algunos alimentos. La tradición consistía en que algunas personas se quedaban día y noche acompañando la familia y dejaban de trabajar y de hacer otras actividades. Las personas llegaban, con todo tipo de productos cosechados y se cocinaba conjuntamente para todos.

“... Por esas cosas uno no necesitaba tanta plata para vivir. Por ejemplo, cuando se muere alguien, la gente del sur o la gente del centro viene a quedarse en la casa hasta los nueve días. Ellos se quedan, se cocina, se duermen. Pero cuando

ellos vienen traen pollo, si tienen cerdo traen de todo, como si fueran para una fiesta y a los nueve días ellos tienen como una fiesta. Cantan hasta la madrugada del décimo día, todo el mundo comiendo y cantando, comiendo y cantando, todo el mundo quería comer. Pero si yo no quiero llevo lo que sobra a mi casa, le doy a otra persona, lo lleva y así...”(entrevista con productora el 10 de noviembre del 2004).

En diciembre se preparan y regalan todo tipo de alimentos, se hacen la mayor cantidad de sacrificios de res y de cerdo. Para navidad y año nuevo se preparan tortas y dulces especiales, en las cuales los productos agropecuarios hacen parte, en diferentes proporciones. Las preparaciones se reparten entre las diferentes personas que llegan de visita durante estos días y se envían a algunas representativas como los pastores de las iglesias o los familiares y amigos. Los productores y sus familias recuerdan las serenatas que se realizaban durante la navidad, que eran tradicionales en la isla, serenatas que se hacían de casa en casa y para las cuales las mujeres preparaban todo tipo de comida para recibir a los músicos y a los vecinos que pasaban un rato por sus casas. Aunque la práctica ha desaparecido, la navidad y el año nuevo son especiales para visitar a los familiares, vecinos y amigos y para compartir los diferentes alimentos.

Otros eventos importantes en los cuales es común el intercambio o regalo de productos agropecuarios y de alimentos preparados incluyen la construcción y trasteo comunitario de las casas, o algunas fiestas tradicionales, matrimonios, cumpleaños, etc.

La inseguridad

El robo de productos agrícolas y de animales es un problema creciente del que hablan cotidianamente los productores y que, según ellos, es uno de los mayores impedimentos para el desenvolvimiento de su actividad. Evidencia el cambio ocurrido en la isla y el contraste que existe entre las formas de organización social a partir del proceso de colombianización, con las que han permanecido por tradición entre la sociedad raizal y, muy especialmente, entre las familias y productores agropecuarios. Aunque se roban todo tipo de productos, los más frecuentes son plátano, patilla, melón, mango y yuca, así como reses, especialmente terneros pequeños, ya que se venden fácilmente. El hurto es una práctica que los productores ven con tristeza, especialmente de aquellos que roban para vender. La mayoría de los productores dice que son los drogadictos comúnmente llamados “basuqueros”, los que frecuentemente roban en sus fincas y afirman que la cercanía de ellas a la carretera, la ausencia de alguien que cuide los cultivos día y noche, así como el creciente desempleo en la isla, son sus principales causas. Los productores toman algunas medidas individuales y colectivas en contra de los ladrones, como dormir en medio de los cultivos, hacer disparos al aire, golpear con palos o amenazar a los ladrones, entre otras. Pero no es habitual que denuncien los robos aún cuando conocen, en la mayoría de los casos, a quienes los realizan. Se encontraron cuatro denuncias por robo de productos agropecuarios en dos años (cuadro 4), a pesar de que todos los productores se quejan de la inseguridad. El problema es que las cantidades hurtadas que conllevan un proceso jurídico están determinadas por las leyes nacionales y, por lo tanto, no tienen en cuenta el tamaño de las propiedades agropecuarias ni la cantidad de productos que se obtienen en la isla. Así, el robo de un racimo de plátanos o de cinco sandías es insignificante dentro del marco legal, pero para la mayoría de los productores de San Andrés es una pérdida importante. Esta situación ha desestimulado a los productores para denunciar frente a los organismos encargados y además conlleva a la incapacidad de aminorar este problema a través de la legislación vigente.

Cuadro 4. Denuncias por robo 2003 – 2004 (datos recogidos de los registros de denuncias de la Estación de Policía de San Luis, del Centro y del CTI de la fiscalía).

No	Año	PRODUCTO	Lugar de denuncia
1	2003	Mamoncillos	Estación San Luis
2	2003	1 Res	CTI
3	2004	1 Res	CTI
4	2004	Plátanos	Estación San Luis

Una de las soluciones que ha planteado el gobierno local frente a los robos fue la constitución de la policía rural, que se organizó a partir de una mesa de concertación que realizó el Presidente Álvaro Uribe con las organizaciones raizales, a través de las cuales exigían el aumento de la vigilancia y el control de las parcelas agropecuarias. El gobierno central posibilitó el traslado de cuatro carabineros y 10 caballos del interior del país, con lo cual se formalizó el programa de seguridad rural que funciona desde agosto del 2004 en San Andrés. Los carabineros no han sido bien recibidos por los productores, especialmente por los raizales. Muchos de ellos se han rehusado a hablarles o a colaborarles y, en ocasiones, les han prohibido acercarse a sus parcelas, argumentando que son del interior, no hablan *creole* ni inglés, no conocen a los dueños de las fincas, y con sus caballos suelen pisar los cultivos. Por ello una de las exigencias que hicieron los representantes de la comunidad raizal en las reuniones realizadas en agosto y septiembre del 2004 en las mesas de concertación entre raizales y el gobierno nacional, fue:

“... Respeto para los raizales que tradicionalmente desarrollan actividades rurales agrícolas, pecuarias y de recolección en el Archipiélago. Que las autoridades militares y de policía suspendan el hostigamiento que ejercen sobre nuestra comunidad en el sector rural...” (resultados de las reuniones realizadas en la Mesa de Concertación entre Raizales y Gobierno Nacional, los días 26 de julio, 25 y 26 de agosto y 2, 6, 8, 13 y 14 de septiembre de 2004).

Aunque se han vinculado dos bachilleres isleños al programa, existe un impedimento legal para que las personas de la isla se vinculen directamente a él, ya que por ser un programa de la Policía Nacional, exige la formación como policía y una especialización como carabiniere en el interior del país.

Normalmente se le atribuye al gobierno local el deber de velar por la seguridad de sus cultivos pero, según los productores, el gobierno le da poca importancia a este problema, así como les da poco apoyo para sacar adelante sus cosechas y para mejorar sus condiciones productivas. La conformación de organizaciones ha sido una de las principales estrategias a través de las cuales los productores intermedian con el gobierno local, en la búsqueda de mejores condiciones productivas.

Las organizaciones

Los productores, sus familias y la comunidad a la que pertenecen y que se relacionan a través de diferentes maneras con el gobierno local y nacional conforman organizaciones⁴⁰ como cooperativas y fundaciones. Ha sido una de las estrategias más comunes para mediar entre los productores y sus familias con el gobierno. Hay cinco organizaciones conformadas por agricultores y porcicultores registradas en la Cámara de Comercio (cuadro 5), principalmente por raizales, aunque hay algunos continentales.

Cuadro 5. Organizaciones formales del sector agropecuario registradas en Cámara de Comercio.

AÑO DE REGISTRO	ORGANIZACIÓN
1996	HILLFARMCOOP LTDA (Cooperativa de Agricultores de la Loma Limitada)
1997	ANUC (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos)
2000	COASAN (Cooperativa de Agricultores de San Luis)
2001	INFAUNAS (Independent Farmers United Association)
2004	SAN ANDRÉS PIG PRODUCERS (Fundación de productores pecuarios)

La conformación de estas organizaciones ha sido impulsada por instituciones de la isla (Red de Solidaridad, SENA, Secretaría de Agricultura y Pesca, Universidad Nacional de Colombia, etc.) o ha respondido a intereses políticos. La única organización que ha tenido un proceso de formación autónomo es INFAUNAS, que fue apoyada por la organización del movimiento raizal AMEN-SD (*Archipelago Movement for Ethnic Natives - Self Determination*). Las acciones de las organizaciones han estado dirigidas, principalmente, a mejorar las unidades productivas de sus miembros y, de esta manera, a conseguir apoyo, principalmente económico del gobierno local. Además de los problemas económicos y legales que han tenido frecuentemente, tienen poca representatividad y han estado alejadas de las políticas concernientes al sector agropecuario. Las organizaciones del movimiento raizal son las que han incluido el tema de la protección y el fortalecimiento de la agricultura en sus discursos, actividades productivas propias del pueblo raizal y, por lo tanto, su fortalecimiento es una de las demandas que el movimiento reclama en el Estatuto Raizal. Las demandas del movimiento raizal con respecto a la producción agropecuaria, han sido poco consideradas por los gobiernos local y nacional. Aunque los productores y algunas de sus organizaciones, cada día tienen mayor participación al interior del movimiento raizal, como en el caso de INFAUNAS, en la definición de políticas para el sector agropecuario es casi inexistente.

Valores y lógica productiva

La lógica productiva es un concepto, en principio, económico pero tiene unas connotaciones y determinaciones sociales y culturales. Las necesidades económicas o de empresa, como las denomina Galeski (1977), ámbitos aparentemente opuestos, se conjugan de una manera muy particular al interior de las familias, lo que permite que los productores hayan conservado la labor aún después del proceso del Puerto Libre y que la mantengan en tiempos difíciles. La participación en uno u otro ámbito obedece a diferentes variables: cantidad de productos cosechados, temporadas turísticas, crisis económicas, necesidad de pagar las matriculas de sus hijos, ceremonias y eventos tradicionales, etc. La manera en que se conjugan estos dos factores da una gran plasticidad a los productores para llevar a cabo su actividad y cubrir sus diferentes necesidades.

Esta característica se conjuga con los lazos de familiaridad, amistad y vecindad consolidados históricamente y que intervienen y apoyan permanentemente los procesos productivos. Las relaciones de parentesco, amistad y vecindad son muy fuertes en las sociedades insulares y han sido determinantes en San Andrés. Son permanentes y transversales en la vida de los individuos y las familias, y se expresan y determinan continuamente en los diferentes procesos de la labor agropecuaria. Hasta antes del aumento de la población se expresaban en el sentimiento de que todos los isleños constituían una gran familia (Wilson, 2004). Estos procesos han sido posibles entre la población que ha permanecido localizada en el territorio, con el cual se han integrado e identificado. La comunidad local definida al interior de la isla que, de acuerdo

con Galeski (1977:135), es entendida como: "... la totalidad de habitantes de un territorio determinado en la medida que constituyen un grupo social, esto es, si están unidos por un sistema de lazos y relaciones; por intereses comunes, pautas compartidas de normas y valores aceptados; la conciencia de ser distintos a los demás grupos, definidos de acuerdo con el mismo principio etc...". La comunidad representa el grupo social dinámico donde interactúan individuos que mantienen interrelaciones con su ambiente, tanto natural como social y como tal, es un elemento definitorio de la identidad colectiva.

La comunidad local establece unas obligaciones sociales, como las exigencias de parentesco, de amistad, religiosas etc., que se convierten en necesidades de los productores y sus familias, y que tienen un papel determinante para la actividad. Por lo tanto algunas formas de cooperación entre las familias y, especialmente, las formas de los regalos e intercambios tienen inmersos unos valores y normas sociales importantes: son indicadores de respetabilidad dentro de la comunidad.

Las formas de intercambio recíprocas entre las familias representaban una estrategia permanente para complementar la canasta de alimentos y asegurar la alimentación en temporadas difíciles. Actualmente la labor es realizada por unas 400 personas, de las aproximadamente 60.000 que habitan la isla, el intercambio no es generalizado, pero sí es frecuente dentro de los productores y entre ellos y otras familias, esencialmente de origen raizal. El favor de regalar algún producto de la cosecha se puede devolver con otros, cuando el intercambio se hace entre productores, pero también con otro tipo de acciones o, al contrario, un favor cualquiera puede devolverse con un regalo de la cosecha. Lo que es común es que los intercambios no estén determinados por su valor económico. En esa medida prima la posibilidad de conseguir o mantener un capital social sobre el económico. Esta lógica productiva, en la cual prima la adquisición y la consolidación de un capital social sobre el monetario o económico, está determinada por los principios y valores religiosos impulsados por la iglesia protestante.

La religión y la iglesia impulsan unos valores específicos dentro de la comunidad local, a la que pertenecen los productores y sus familias, que fortalecen los procesos de intercambio recíproco. La estrecha relación de las sociedades rurales con los recursos ambientales y, por ende, la imposibilidad de controlarlos totalmente, vincula fuertemente la religiosidad y la magia en la vida y las ideas que del mundo se hacen los campesinos y sus familias. El elemento religioso se infiltra a través de casi todas las actividades de su vida (Smith, 1953; Wolf, 1971). A la vez la fuerte influencia que ha tenido la iglesia, especialmente la protestante, en la sociedad isleña, ha establecido unos principios en los cuales se basa continuamente la vida de las personas y de los productores. La labor agropecuaria está fuertemente determinada por esta doctrina religiosa: el amor al trabajo, la cooperación y el intercambio recíproco entre las familias son impulsados desde el interior de cada persona y son una forma de demostrar fe auténtica. Los valores religiosos guían en gran medida la práctica y la acción agropecuaria tiende a tener un gran componente de una racional con arreglo a valores, en términos de Weber (1983) ya que está determinada por la creencia consciente en los valores religiosos, sin que se relacione directamente con el resultado.

La magia también tiene cabida entre los productores y es un factor importante en el desenvolvimiento de la lógica de producción. A pesar del marcado rechazo que tiene la doctrina impulsada por las iglesias y de su creciente desaparición, la sociedad isleña conserva un conjunto de creencias y prácticas mágicas de origen africano, heredadas de sus antecesores de origen jamaicano, denominadas '*obea*' (Clemente, 1991; Ratter, 2001; Enciso, 2004; Wilson, 2004). Se basa en el conocimiento de los signos de la naturaleza, la manipulación de plantas medicinales, el manejo e interpretación de los sueños, la manipulación de objetos para lograr algún beneficio privado, así como la creencia en '*duppies*' o espíritus. La '*obea*' tiene un carácter

individual, ya que no actúa como fuerza unificadora entre sus adherentes, mientras que las religiones impulsadas por las iglesias tienen un carácter colectivo y están atadas a la vida pública.

Los productores y, especialmente los agricultores, tienen un gran conocimiento sobre las plantas y sus propiedades medicinales. Igualmente utilizan algunos elementos de la magia para obtener beneficios en la lotería, en las carreras de caballos o en las peleas de gallos. Los de más edad interpretan sus sueños o los de sus familiares y están estrechamente relacionados con su conocimiento sobre la naturaleza. Algunos productores me contaron cómo se habían mejorado o controlaban sus enfermedades (especialmente la diabetes, que es muy común entre los isleños, debido al alto consumo de carbohidratos en la dieta), gracias a alguna planta que habían conocido o que les habían mostrado en un sueño.

La identidad subjetiva es un proceso de autoidentificación y de la identificación que hacen los otros de sí mismos, de manera que se manifiesta en el reconocimiento (individual y colectivo) de ser diferente al otro o a los otros. La construcción de la identidad se conforma en un proceso social continuo, en el que se define, se mantiene y se modifica, sobre la base de la interacción social. Consolida una historia compartida, un ámbito común y permite la configuración de comunidades, en cada una de las cuales se comparte un sistema de valores e intereses internalizados por la mayoría de los miembros: sistemas de significados colectivos que se consolidan y legitiman en la cotidianidad de la interacción (Piña y Zabala, 1997: 3-10).

Los procesos de identificación del individuo con la sociedad y la construcción de una identidad colectiva se fortalecen en el contexto insular, tal como se analiza en el primer capítulo. La clara definición de límites topográficos propicia la unión de los individuos entre sí y refuerza el sentido de “nosotros” y de su identificación con un entorno físico y social concreto. El aislamiento geográfico de la isla posibilita el genético, lingüístico y religioso, permitiendo la conformación de un grupo con una tradición histórica común que fomenta la identidad colectiva (Ratter, 2001). De esta manera fue posible en San Andrés la conformación de un grupo social definido, caracterizado por su diferencia lingüística, genética, religiosa e histórica con respecto a otros grupos y fuertemente ligado al territorio de la isla y la consolidación de su identidad. Se reafirmó con la llegada de los continentales, con los cuales se evidenciaron las diferencias y se ratificó el sentido de nosotros, en contraste con “los otros”.

El trabajo de los productores y sus familias mantiene unas relaciones sociales y ecológicas (con el ambiente natural) en el que se desenvuelve, establecidas en parte gracias a su particular lógica productiva. Ésta está determinada por la dinámica vinculación de las necesidades económicas con las domésticas, por los valores religiosos que guían muchas de las acciones, por el permanente papel que tiene la cooperación y el intercambio recíproco en su desenvolvimiento y en la cohesión entre los individuos y la identidad colectiva. Esta lógica particular les ha dado una gran plasticidad a los productores y a sus familias y ha permitido un alto grado de adaptación tanto a las condiciones ambientales. Así mismo se han adaptado a las condiciones sociales, tales como la poca disposición y pérdida de la propiedad de la tierra, las dificultades de comercialización y de competencia con los productos importados, entre otros.

Conclusiones

La agricultura y la pesca son actualmente actividades secundarias. El Puerto Libre impuso un modelo de desarrollo basado en el crecimiento económico a través del comercio y el turismo. La actividad agropecuaria es altamente vulnerable debido a las difíciles condiciones ambientales, políticas, económicas y sociales, consecuencia del modelo, que desconoció sus particularidades. La labor agropecuaria era la principal ocupación de los habitantes de la isla, y hasta antes del proceso de colombianización estaba integrada a la vida insular. Los ciclos de la labor estaban

totalmente interrelacionados con los sociales (fiestas, reuniones, descansos etc.) y el intercambio de productos entre las familias aseguraba la alimentación de los pobladores, por lo cual el dinero no determinaba su adquisición. A pesar de los cambios, el intercambio es parte de la tradición del pueblo raizal y aún es frecuente entre los productores agropecuarios y entre estos y otras familias no relacionadas con la labor.

El aislamiento y la pequeñez, favorecen la consolidación y el fortalecimiento de los lazos de parentesco, vecindad y amistad entre los pobladores, los cuales posibilitan el desenvolvimiento de la labor agropecuaria, posibilitan el acceso a los medios (principalmente la tierra y la mano de obra), así como apoyan la comercialización de los productos.

La labor está determinada por la complementariedad entre las necesidades domésticas con las económicas dentro de la explotación. Ello da a productores y sus familias una gran plasticidad, que permite la adaptación a diferentes condiciones y necesidades, sin depender únicamente de los productos de su cosecha pero sin prescindir totalmente de ellos.

Los productores y sus familias hacen parte de una comunidad determinada con la cual comparten intereses, normas y valores. La respetabilidad es un principio determinante de la diferenciación entre los individuos y está fuertemente relacionada con los valores impulsados por la iglesia protestante, los cuales determinan en gran medida la labor agropecuaria.

El intercambio de productos agropecuarios tiene un carácter recíproco. Se basa en el derecho de recibir favores y en la obligación de devolverlos, por lo cual los productos adquieren un valor de uso y afirman refuerzan los lazos de parentesco y amistad entre los productores y de ellos con otros miembros de su comunidad. La labor agropecuaria está íntimamente relacionada con la identidad de la comunidad raizal, no solo por ser tradicional antes del cambio económico, sino porque expresa, mantiene y afianza los principales criterios y valores que la reafirman.

Los productores conocen profundamente los recursos y ciclos naturales, a los cuales se han adaptado. Han generado un sistema de producción agrícola local, que es ambientalmente favorable a las condiciones de la isla, por lo cual se evidencia que la agricultura tiene una gran eficiencia ecológica, determinada por la manera particular en la que se interrelacionan el trabajo, los saberes y conocimientos, los recursos naturales y los medios de producción.

Las características de la labor y las particularidades de la racionalidad descritos y analizados permiten establecer diferencias entre los isleños y los continentales. Se podría proponer una categoría de campesino insular que, como construcción teórica, permitiría reconocer particularidades y diferencias del Archipiélago con respecto al continente colombiano, adecuar políticas y planes de desarrollo a sus particularidades.